

cuyo objeto fuese sojuzgarle. Manteníase frío. El abuelo le prodigaba inútilmente sus áridas sonrisas de anciano.

Decíase Mario para sí que, no hablando y dejándose llevar, todo iría buenamente; pero que, en tratándose de Cosette, encontraría quizá otro semblante, y aparecía entonces desenmascarada la verdadera expresión del abuelo.

Y el choque tendría que ser violento; reerudescencia de las cuestiones de familia, comparación de posiciones, todos los sarcasmos y todas las objeciones á la vez; Fauchelvent, "Cortaelviento," la fortuna, la pobreza, la miseria, la piedra al cuello, el porvenir. Resistencia y, conclusión: Negativa.

Mario se prevenía de antemano.

Y después, á medida que iba recobrando vida, reaparecían sus antiguos agravios, abríanse de nuevo las envejecidas llagas de su memoria, pensaba en el pasado, el coronel Pontmercy se interponía entre él y el abuelo, imaginando así que ninguna bondad podía esperar de quien había sido tan injusto y tan duro para con su padre. Y con la salud renacía en él cierta aspereza contra su abuelo. El buen viejo la resistía dulcemente.

El señor Guillenormand observaba también, aunque nada decía, que Mario, desde su vuelta á casa y de haber recobrado el conocimiento, no le había dicho una sola vez padre mío. No le decía tampoco señor, es cierto, pero hallaba medio de no decir lo uno ni lo otro, con el giro que daba á las frases.

Se aproximaba evidentemente una crisis.

Como sucede casi siempre en tales casos, Mario, á fin de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de empeñar la batalla. Esto se llama tantear el terreno.

Cierta mañana en que el señor Guillenormand, á propósito de un periódico que le vino á mano, habló ligeramente de la Convención y lanzó un epifonema realista contra Dantón, Saint Just y Robespierre.

—Los hombres del 93 eran gigantes—dijo Mario con severidad. El viejo se calló y no volvió á chistar en todo el día.

Mario, que tenía presente siempre el espíritu inflexible del abuelo de sus primeros años, vió en aquel silencio una profunda concentración de cólera; auguró una lucha encarnizada, y aumentó en lo más recóndito de su pensamiento los preparativos de combate.

Resolvió que en caso negativo, se arrancarían los aparatos, dislocaría de nuevo su clavícula, descubriría las heridas que aun estaban abiertas, y rechazaría todo alimento. Las heridas eran sus municiones. Obtener á Cosette ó morir.

Esperaba el momento favorable con la paciencia muda de los enfermos. Este momento vino.



III

Mario ataca.

Un día el señor Guillenormand, mientras que su hija ponía en orden los frascos y las tazas sobre el mármol de la cómoda, inclinándose sobre Mario, le dijo con la mayor ternura:

—¿Sabes, hijo mío, que yo en tu lugar preferiría ahora la carne al pescado? Un lenguado frito es muy bueno al principio de la convalecencia; pero después, al irse á levantar el enfermo, no hay como una buena chuleta.

Mario, que había ya casi recobrado todo su vigor, hizo un esfuerzo, se incorporó en el lecho, apoyó las manos en la ropa de la cama, miró á su abuelo de frente, y con aire y acento terrible, dijo:

—Esto me pone en el caso de deciros una cosa.

—¿Cuál?

—Que quiero casarme.

—Lo había previsto—dijo el abuelo soltando una carcajada.

—¿Cómo previsto?

—Sí, previsto. Tendrás tu novia.

Mario, estupefacto y abrumado de admiración, temblaba con todos sus miembros.

El señor Guillenormand continuó:

—Sí, la tendrás; tendrás á tu linda y tierna niña. todos los días viene bajo la forma de un respetable anciano á preguntarte por tí. Desde que estás herido se pasa el tiempo llorando y haciendo hilas. Me he informado. Vive en la calle del Hombre Armado, número 7. ¡Ah! ¡Ya estamos en ello! La quieres; no es eso? Pues bien; la tendrás. Esto te admira. Habías formado tu pequeño complot, y te habías dicho: Voy á significárselo así, crudamente á mi abuelo, á ese momia de la Regencia y del Directorio, á ese antiguo pisaverde, á ese Dorante convertido en Geronte. También ha tenido él sus lijerezas, y sus amoríos, y sus modistillas, y sus Cosettes. También él ha tenido sus arrullos y tendido sus alas y picoteado el pan de sus abriles; preciso será que se acuerde. Vamos á verlo. Batalla. ¡Ah! ¡Así cojes al saltón de los cuernos! Vaya en gracia. Te ofrezco una chuleta, y me respondes que quieres casarte. ¡Esta sí que es transición! Habrás contado con que habría pelotera. No sabiendo que era yo un viejo cobarde.

—¿Qué dices á ello? Te contraría. No esperabas encontrar al abuelo más tonto que tú, y te hallas con que resulta inútil el discurso que ibas á endilgarme. ¿No es verdad, señor abogado, que hay para desesperarse? Pues bien; desesperarse y barajar. Hago, pues, lo que quieres, y todo es culpa tuya, imbécil. Oyeme.

—Me he informado, pues yo también soy un tanto cazurro, y sé que es hermosa y muy prudente; lo del lancero no resultó verdad; ha hecho un montón de hilas; es un estuche; te adora; y si te hubieras muerto, habríamos sido tres, su ataúd habría acompañado al mío.

Se me ocurrió la idea desde que te ví mejor de colocártela á la cabecera sin

más ni más; pero solamente en las novelas se introduce así de rondón á las muchachas lindas en las alcobas de los simpáticos heridos que les interesan. Esto ya no se hace. ¿Qué hubiera dicho tu tía?

‘Casi siempre estabas medio desnudo, señorito. Pregúntale á Nicolassita, que no se ha separado ni un solo momento, si era posible que una mujer se acercase á tu cama. Y luego, ¿qué hubiera dicho el médico? Una mujer bonita no es el mejor remedio contra la fiebre.

‘Por fin, ¿á qué hablar más de ello? Es negocio concluído; es cosa hecha; ya está dicho; tómala. Esta es mi ferocidad. He visto que ya no me querías, y he dicho para mí: ¿Qué haría yo para que me quisiera ese tunante? Tengo á mano su Cosette y voy á dársela; preciso será que me ame un poco ó me diga por qué.

‘¡Ah! ¡Pensabas que el viejo iba á gritar como un energúmeno, á levantar su bastón contra esa aurora! Nada de eso. Venga Cosette, y venga el amor enhorabuena. No deseo otra cosa. Señorito, tomaos la molestia de casaros. ¡Y sé feliz, hijo de mi alma!

Dicho esto, el anciano rompió á llorar.

Cogió la cabeza de Mario, la estrechó contra su corazón, y el viejo y el joven lloraron juntos.

El llanto es una de las manifestaciones de suprema dicha.

—¡Padre mío!—exclamó Mario.

—¡Ah! ¡Con que me amas!—dijo el anciano.

Hubo un momento inefable. Ambos se ahogaban y no podían hablar.

Por fin, tarmudeó el abuelo:

—¡Vamos! Ya desembuchó; ya me ha llamado padre.

Mario desprendió su cabeza de los brazos del anciano y dijo suavemente:

—Pero, padre mío, ahora que estoy mejor, me parece que podría verla.

—También lo tenía previsto. La verás mañana.

—¡Padre mío!

—¿Qué?

—¿Por qué no hoy?

—Pues bien, hoy. ¡Vaya por hoy! Me has llamado tres veces ‘padre mío,’ y bien vale eso que la veas. Voy á ocuparme. Te la traerán. Lo tenía previsto, creeme. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del ‘Joven enfermo’ de Andrés Chenier, á quien degollaron los malva.....los gigantes del 93.

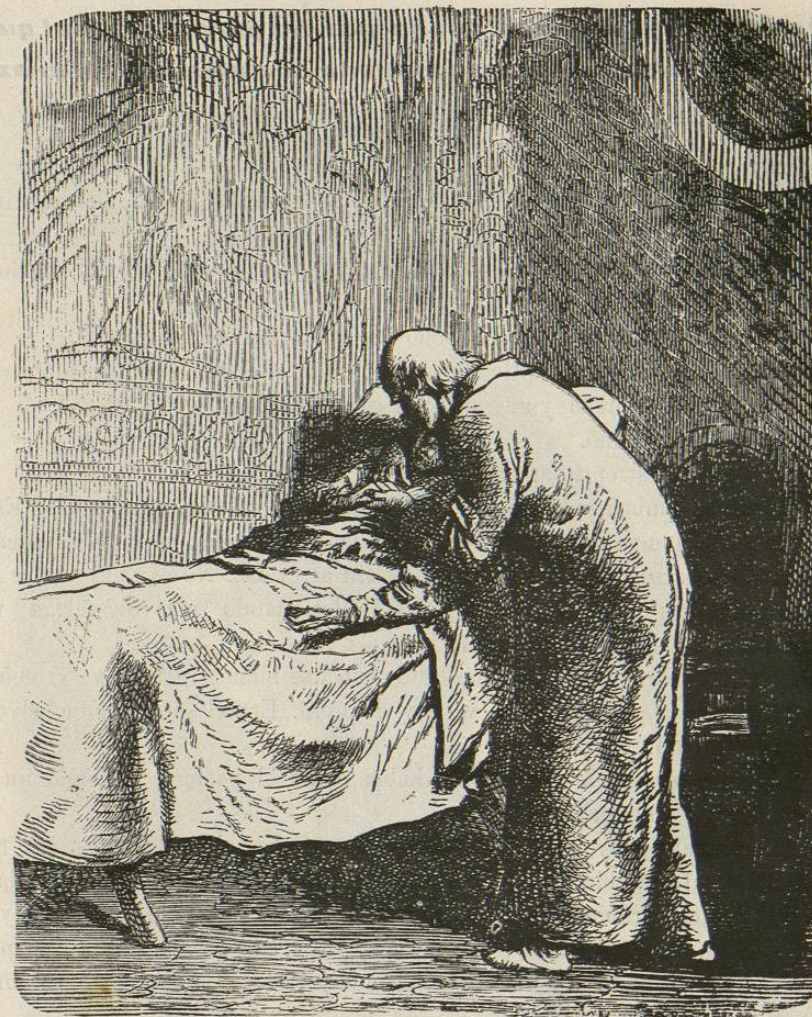
Creó el señor Guillenormand notar un ligero fruncimiento de cejas en Mario, quien, á decir verdad, ya no le escuchaba, trasportado como estaba en amoroso éxtasis, y pensando mucho más en Cosette que en 1793.

El abuelo, temblando de haber citado tan fuera de propósito á Andrés Chenier, repuso precipitadamente:

—Degollaron, no es la palabra. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malvados, esto es incontestable, que eran héroes, ¡pardiez! conocían que Andrés Chenier les molestaba un poco, y le hicieron guillotini... Es decir, que aquellos grandes hombres, el 7 de Termidor, por el bien público, suplicaron á Andrés Chenier que tuviese la bondad de ir.....

El señor Guillenormand, enredado en su propia frase, no pudo continuar. No acertando á concluir ni á retractar la frase, aprovechó un momento en que su hija

arreglaba la almohada de Mario, y trastornado con tan vivas emociones, salió fuera del cuarto tan aprisa como se lo permitieron sus años, cerró tras de sí la puerta, encendido el rostro, sofocado, echando espumarajos, desencajados los ojos, y hallán-



dose de manos á boca con el buen Vasco, que estaba limpiando las botas en la antecámara, le cogió del cuello, y le gritó furioso á la cara:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Sí, sí, aquellos bandidos le asesinaron!

—¿A quién, señor?

—¡A Andrés Chenier!

—Sí, señor—dijo Vasco asustado.

IV

La señorita Guillenormand acaba por no parecerle mal que el señor Fauchelevent hubiese entrado con algo bajo el brazo

Cosette y Mario volvieron á verse.

Renunciamos á describir la entrevista. Hay cosas de las que no se debe intentar la pintura; el sol es una de ellas.

Toda la familia, incluso Vasco y Nicolassita, estaba reunida en el cuarto de Mario cuando entró Cosette.

Apareció en el umbral; hubiérase dicho que la circundaba una aureola.

Precisamente en aquel instante iba á sonarse el anciano, y se quedó parado, cogida la nariz con el pañuelo y mirando por encima á Cosette.

—¡Adorable!—exclamó.

Después se sonó estrepitosamente.

Cosette estaba embriagada de gozo, embelesada, asustada, en el cielo. Estaba todo lo asombrada que se puede estar en la dicha. Balbuceaba, ya pálida, ya encendida, queriendo echarse en brazos de Mario, y sin atreverse. No se tiene jamás compasión de los amantes dichosos; se está junto á ellos cuando más desearían verse solos. ¿Qué necesidad tenían de la gente!

Con Cosette había entrado un hombre de cabellos blancos grave y risueño á la vez, si bien resultaba aquella risa vaga y dolorosa. Era el señor "Fauchelvent;" esto es, Juan Valjean.

"Vestido muy decentementé," como había dicho el portero, luciendo un traje negro y nuevo, y con corbata blanca.

El portero estaba muy lejos de reconocer en aquel anciano burgués, en aquel notario probable, al horrible conductor de cadáveres que apareció á sus ojos la noche del 7 de Junio, harapiento, enlodado, asqueroso, enmascarado de sangre y cieno, sosteniendo en brazos á Mario sin sentidos; y sin embargo, su olfato de portero estaba excitado. Cuando el señor Fauchelvent llegó con Cosette, no pudo menos de decir por lo bajo á su mujer:

—No sé por qué, pero cada día se me antoja que he visto otra vez esta cara.

El señor Fauchelvent, en el cuarto de Mario, permaneció como aparte y junto á la puerta.

Llevaba bajo el brazo un paquete, muy parecido á un tomo de octavo, envuelto en papel. Esta cubierta de papel era verduzca, y parecía mohosa.

—¿Llevará siempre ese buen señor libros bajo el brazo?—preguntó por lo bajo á Nicolassita la señorita Guillenormand, poco amiga de libros.

—¡Y qué!—respondió en el mismo tono el señor Guillenormand, que la había oído.—Será algún sabio. Además, ¿qué tiene eso de particular? ¿Es culpa suya? El señor Boulard, á quien conocí, no salía nunca sin su libraco sobre el pecho. Y saludando, dijo en alta voz.

—Señor Tranchelvent . . .

El abuelo Guillenormand no lo hizo adrede, pues la poca atención á los nombres propios era en él un rasgo aristocrático.

—Señor Tranchelvent, tengo el honor de pedirlos para mi nieto, el señor barón Mario Pontmercy, la mano de esta señorita.

"El señor Tranchelvent" se inclinó.



—Negocio concluído—exclamó el abuelo.

Y volviéndose á Mario y Cosette, con ambos brazos extendidos en actitud de bendecirlos, gritó:

—Permiso para adoraros.

No dieron ellos lugar á que se repitiese la autorización. Y empezó el gorjeo.

Hablábanse en voz baja, Mario recostado en su ancho sillón, Cosette de pie junto á él.

—¡Dios mío!—murmuraba Cosette.—¡Os vuelvo á ver! ¡Eres tú! ¡Sois vos! ¡Haber ido á batirse de aquel modo! ¿Y por qué? Es horrible. Durante cuatro meses no he vivido. ¡Oh! ¡Qué maldad haber tomado parte en esa lucha! ¿Qué os había hecho yo? Os perdono; pero no volváis á ello jamás. Ahora mismo, cuando han ido á decirnos que viniéramos, volví á creer que me moría; pero era de gozo. ¡Estaba tan triste! No me detuve á vestirme, y así debo pareceros horrible. ¿Qué dirán vuestros parientes si reparan en mi pañoleta toda arrugada? ¡Pero habla! Dejas que hable yo sola. Seguimos viviendo en la calle del Hombre Armado.

—“Parece que la herida del hombro era terrible! Me han asegurado que cabía el puño dentro. Además, parece que os han cortado la carne con tijeras. Esto es horroroso. He llorado hasta agotarse el raudal de mis ojos.

—“¡Es bien extraño que se pueda sufrir tanto!

—“¿Qué aspecto tan bondadoso tiene vuestro abuelo! No os molestéis ni apoyéis en el codo, vais á haceros daño. ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Acabóse, pues, la desgracia!

—“Soy una tonta. Quería deciros cosas que ya no me acuerdo. ¿Me amáis como antes?

—“Vivimos en la calle del Hombre Armado. Allí no hay jardín.

—“He estado haciendo hilas todo ese tiempo. ¡Aquí tenéis, señor mío; la culpa es vuestra, se me ha encallecido el dedo!”

—¡Angel mío!—exclamó Mario.

—“Angel” es la sola palabra de la lengua que no se gasta nunca. Ninguna otra podría resistir al obstinado empleo que hacen de ella los enamorados.

Después, como había gente delante, cesaron de hablar, contentándose con estrecharse suavemente la mano.

El señor Guillenormand se volvió á los que estaban en el cuarto, y les gritó:

—Vamos, señores, hablar alto, hacer ruido, formar parte. ¡Qué diablo! Bullicio, bullicio, que estos muchachos puedan charlar á gusto.

Y acercándose á Mario y Cosette, les dijo por lo bajo:

—Tutcaos. No os hagáis violencia.

La señorita Guillenormand asistía con estupor á esa irrupción de claridad en su interior de viuda solterona; pero ese estupor no tenía nada de agresivo; no era por ningún concepto la mirada escandalizada y envidiosa de una lechuza á dos tortolillas; era buenamente el ojo atónito de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida sin vida contemplando ese triunfo del amor.

—Ya te lo tenía yo dicho—exclamaba su padre—no podía dejar de suceder esto.

Permaneció un instante silencioso y añadió luego:

—Contempla la dicha de los demás.

Volviéndose en seguida hacia Cosette, exclamó:

—¡Bellísima, encantadora! Es una magnífica pintura de Greuze. ¿Y vas tú solo á poseer semejante tesoro, polizante? ¡Ah pícaro! De buena te libras conmigo. Si tuviera yo quince años menos, nos disputaríamos su mano á estocadas.

—¡Vaya! estoy enamorado de vos, damisela. Es muy sencillo, pues. . . ¡Está en su derecho! ¡Ah qué lindas, qué alegres bodas vamos á tener! Nuestra parroquia es San Dionisio del Santísimo Sacramento; pero obtendré una dispensa para que os caséis en San Pablo, que es mejor iglesia. La construyeron los jesuitas. Es más graciosa. Está mirando á la fuente del cardenal de Birague. La obra maestra de la

arquitectura de los jesuitas está en Namur; se llama Saint Loup. Será preciso ir á verla después de casados. Vale la pena de hacer el viaje.

—“Señorita, soy completamente de vuestro modo de pensar; quiero que se casen las muchachas, pues para eso han nacido. No me gustan las santas Catalinas vírgenes. Quedarse solteras es meritorio, pero frío. La biblia dice: Multiplicaos. Para salvar al pueblo se necesita á Juana de Arco la doncella; más para que no se acabe la especie, se necesitan madres. Casaos, pues, hermosas. ¿De qué sirve permanecer solteras? Yo sé bien que hay para ellas una capilla aparte en la iglesia, y que se acogen á la hermandad de la Virgen; pero, caramba, un lindo marido, mozo de provecho, y al cabo de un año un monín rollizo y rubio, que mame como un ganapán y que tenga buenas roscas de carne en los muslos y que coja á manos llenas el pecho de la madre con sus deditos sonrosados, riendo como la aurora, vale esto mucho más, á mi ver, que llevar á vísperas un cirio y cantar: “Turrus eburnea.”

El abuelo hizo una pirueta sobre sus talones de noventa años, y prosiguió en su charla, como resorte en movimiento:

¿Con que, por fin, dejándote de vaguedades falsas
Resulta verdadero, Aleipo, que te casas?

—A propósito.

—¿Qué padre mío?

—¿No tenías un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—¿Qué se ha hecho de él?

—Ha muerto.

—Más vale así.

Sentóse junto á ellos, hizo sentar también á Cosette y cogió sus cuatro manos entre las suyas arrugadas por la edad, diciendo:

—Delicadilla es la niña. ¡Es una obra maestra esta Cosette! Es tan linda muchacha como gran señora. Lástima que se quede en baronesa, pues su nacimiento es de marquesa. ¡Y qué pestañas tiene!

—“Hijos míos, fijad bien en vuestras cabezuelas que estáis ahora en lo cierto. Amaos como bobos. El amor es la barbaridad de los hombres y el espíritu de Dios. Adoraos. Sólo que —y dijo esto poniéndose triste de repente.— ¡Qué lástima! Ahora pienso en ello. Más de la mitad de mi renta es vitalicia. Mientras yo viva, todo irá bien; pero después de mi muerte, de aquí á veinte años, ¡ah pobrecillos! no tendréis ni un cuarto. Esas bonitas y blancas manos, señora baronesa, dispensarán al diablo el favor de tirarle de la cola.”

Oyóse aquí una voz grave y tranquila que dijo:

—La señorita Eufrosia Fauchelvent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Juan Valjean.

No había desplegado aún los labios; nadie parecía cuidarse siquiera de que estuviese allí, y él permanecía de pie é inmóvil detrás de aquellos seres felices.

—¿Quién es la señorita Eufrosia en cuestión?—preguntó el abuelo asustado.

—Yo —respondió Cosette.

—¡Seiscientos mil francos!—repuso el señor Guillenormand.

—Menos catorce ó quince mil á corta diferencia—dijo Juan Valjean.

Y dejó sobre la mesa el paquete que el señor Guillenormand había tomado por un libro.

Juan Valjean abrió por sí mismo el paquete; era un legajo de billetes de Banco. Hojeáronlos y contáronlos. Había 500 billetes de mil francos, y ciento sesenta y ocho de quinientos. Total: quinientos ochenta y cuatro mil francos.

—¡He aquí un buen libro!—dijo el señor Guillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos!—murmuró la tía.

—Esto allana muchas cosas, ¿no es verdad, señor Guillenormand mayor?—dijo el abuelo.—¡Ese diablo de Mario ha ido á desenterrar en la región de los sueños una griseta millonaria! ¡Fíad luego en los amoríos de muchachos! Los estudiantes encuentran estudiantas de seiscientos mil francos. Mejor trabaja Cherubin que Rothschild.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos!—repetía á media voz el señor Guillenormand. ¡Quinientos ochenta y cuatro mil! Vale tanto como decir seiscientos mil. ¡Vaya!

En cuanto á Mario y Cosette, se estaban mirando el uno al otro durante este tiempo, sin fijarse apenas en aquel detalle.

V

Deposítad antes el dinero en un bosque cualquiera que en casa de un notario.

Se habrá comprendido, sin alargar explicaciones, que Juan Valjean, después del lance judicial de Champmathieu, había podido, gracias á su primera evasión de algunos días, ir á París y retirar á tiempo de casa de Laffite la suma ganada por él con el nombre de señor de Magdalena, en Montreuil sur Mer; y que temeroso de que le cogiesen, lo cual no tardó en suceder, había ocultado aquella suma enterrándola en el bosque de Montfermeil en el sitio llamado el soto de Blarú.

La cantidad, consistente en seiscientos treinta mil francos, toda en billetes de Banco, abultaba poco y cabía en una caja; sólo que, para preservar esta caja de la humedad, la había puesto dentro de un cofrecito de roble, lleno de virtudes de castaño. En el mismo cofrecillo guardaba otro tesoro, los candeleros del obispo. Se recordará que los llevó consigo al evadirse de Montreuil sur Mer.

El hombre á quien Boulatruelle vió una noche por la primera vez, era Juan Valjean. Luego cada vez que Juan Valjean necesitaba dinero, iba á buscarle al soto de Blarú. De ahí las ausencias de que hemos hablado. Tenía escondido un azadón entre los matorrales, en un lugar solo de él conocido.

Cuando vió á Mario convaleciente, presintiendo que se acercaba la hora en que aquel dinero podría ser útil, fué á buscarlo; y él fué también á quien Boulatruelle vió en el bosque, pero esta vez por la mañana, y no por la noche. Boulatruelle le heredó el azadón.

La suma verdadera ascendía á quinientos ochenta y cuatro mil quinientos francos. Juan Valjean guardó los quinientos para él.

“Luego veremos”—dijo para sí.

La diferencia entre esa cantidad y los seiscientos treinta mil francos retirados de casa de Laffite, representaba el gasto de diez años, de 1823 á 1833. Los cinco que permaneció en el convento no habían costado más que cinco mil francos.

Juan Valjean colocó los dos candeleros de plata sobre la chimenea, donde brillaron con grande admiración de la tía Santos.

Por lo demás, Juan Valjean sabía que estaba ya libre de Javert. Oyó referir, y lo vió confirmado en el “Monitor,” el caso de un inspector de policía llamado Javert, á quien se encontró ahogado debajo de la bancada de las lavanderas, entre el Pont au Change y el Puente Nuevo; y que un escrito que había dejado aquel hombre, por otra parte irreprochable y muy estimado de sus jefes, hacía creer que sólo un acceso de enagenación mental había podido producir el suicidio.

—En efecto—pensó Juan Valjean,—puesto que me dejó libre teniéndome cogido, loco debía de estar.

VI

Los dos viejos, cada uno á su modo, hacen cuanto pueden para que Cosette sea feliz.

Dispúsose todo para la boda. Consultado el médico, declaró que podía verificarse en Febrero. Se estaba en Diciembre. Algunas semanas de perfecta é inefable dicha pasaron como un sueño.

No era el abuelo el menos venturoso. Pasábase extasiado cuartos de hora enteros contemplando á Cosette.

—¡Qué admirable niña!—exclamaba.—¡Qué aire tan dulce y bondadoso el suyo! No hay que decir prenda de mi corazón; es la muchacha más encantadora que he visto en mi vida. Día vendrá en que sus virtudes olerán á violeta. Es una verdadera monada; no se puede dejar de vivir noblemente acompañado de semejante criatura; Mario, hijo mío, eres barón, eres rico; no ejerzas de abogado, te lo suplico.

Cosette y Mario habían pasado bruscamente del sepulcro al paraíso. La transición había sido tan inesperada, que sólo el deslumbramiento les impidió perder el sentido.

—¿Comprendes algo de todo esto?

—No—respondió Cosette:—pero me parece que el buen Dios nos mira.

Juan Valjean lo hizo todo, lo allanó todo, lo concilió y facilitó todo, para apresurar la dicha de Cosette, tan solícito y alegre en apariencia como Cosette misma.

El haber sido alcalde le sirvió para resolver muy bien un problema delicado, cuyo secreto le pertenecía exclusivamente: el estado civil de Cosette. Decir secamente su origen, ¿quién sabe?; tal vez hubiese podido impedir el casamiento. Separó de Cosette toda dificultad, arreglándole una familia de individuos ya difuntos,